



UN oscuro Monseñor que nadie conocía hasta ahora se encuentra en primera línea en la prensa mundial. Monseñor Roche, juez del Tribunal de Rota y fundador de una organización espiritual titulada El Cenáculo, ha sido el depositario de las Memorias del famoso Cardenal Tisserant. Este eclesiástico fue amigo confidencial y protegido del Cardenal francés de la Curia romana, hasta que falleció hace unos meses. Desde hace unos años, este precavido purpurado de la Iglesia católica entregó todos sus documentos privados a Monseñor Roche con el fin de guardarlos a buen recaudo para evitar cualquier «pérdida», ya que contenían la historia interna y documentada de la vida del Vaticano durante los últimos cuatro Papas. Hace seis meses que la conocida casa editorial de París, Robert Laffont, publicaba un libro titulado «Pío XII ante la Historia», que durante las primeras semanas pasó casi sin pena ni gloria por las miradas de los observadores de la actualidad religiosa. Sin embargo, desde hace pocas semanas, no hay periódico en el mundo entero que no se haga eco de noticias a propósito de este libro, y de la crónica publicada por la revista francesa «Paris-Match» informando acerca de algunas afirmaciones espectaculares contenidas en las Memorias del Cardenal Tisserant. Desmentidos y afirmaciones se suceden casi todos los días para llegar a la conclusión de que estas Memorias son verídicas, aunque puede haber juicios exagerados o sospechas infundadas, dentro del enorme material que supone esta interesante documentación secreta.

Al fin y al cabo Pío XII es mostrado con los mismos aspectos que cualquier especialista en la historia vaticana conocía. El Papa Pacelli fue un Papa indiscutible durante su pontificado y, sin embargo, después de muerto quizá no haya una figura tan combatida, o tan puesta en cuestión, como este Pontífice.

Sin duda, los documentos sacados hace unos años a relucir por Friedlander, en su libro «Pío XII y el III Reich», fueron la primera señal de alarma sobre la compleja historia de este Papa. Después vino la obra de teatro «El Vicario», que colaboró a producir mayores dudas en el ánimo del público.

Pero es curioso recordar ahora que Pío XII fue unánimemente alabado por católicos y no católicos, por creyentes y no creyentes, en su tiempo. La única excepción fue el silencio con que el mundo nazi le acogió siempre. Sin embargo, su actitud, que ahora parece ambigua, con el problema de los judíos, y aun con el mismo nazismo, chocó profundamente con su figura enér-

gica, autocrática y espiritual. Sin embargo, su gran afición por todo lo alemán, y su deseo de no exacerbar la persecución religiosa en Alemania, debieron ser las causas de esta actitud criticable ante la Historia.

El segundo defecto que se achaca al gobierno de Pío XII es la centralización administrativa en que mantuvo a la Iglesia católica, guiándose en el gobierno de la misma por una autoridad autocrática de que dio muestras durante todo su Papado y principalmente al final de

su vida, cuando se empezó a sospechar de su salud psíquica en los pasillos de la Curia romana.

El tercer problema de su reinado fue la ambigüedad de su apertura cultural, contradicha por sus temores apocalípticos, marcados ya en germen en su famosa encíclica «Humani Generis», que fue el reverso de la apertura mostrada en su primer documento sobre los estudios bíblicos, «Divino Afflante», que marcó una etapa decisiva en la historia teológica de la Iglesia. Igual que sus extrañas apariciones

de última hora, avaladas por el Cardenal Tedeschini (un hombre bastante poco espiritual, como sabemos los españoles, donde estuvo muchos años de Nuncio), en las cuales creyó tener el Papa Pío XII unas revelaciones sensibles de carácter catastrófico, y a las cuales algunos piensan que no fue ajena su situación psíquica de aquellos tiempos finales de su vida.

No obstante, Pío XII tiene la cara positiva de muchos de sus discursos que todavía tienen validez en cuanto a su contenido, y que son precursores de las tres revoluciones del pensamiento actual en la Iglesia: la revolución de la propiedad privada; la revolución de la filosofía eclesiástica, y la revolución del laicado católico.

En el cincuentenario de la encíclica «Rerum Novarum», de León XIII, pronunció un discurso, al que siguieron otros muchos, mostrando claramente que el derecho de la propiedad no tiene más misión primordial que la utilidad de todos sin exclusión de nadie. Y que esta finalidad principal, si no se cumple en una determinada ordenación del régimen de propiedad, de la estructura económico-social de los bienes de producción y de consumo, debemos mirar antes a la colectividad y sus necesidades que al individuo que detenta el privilegio de la propiedad privada. «Cualquier derecho particular a los bienes de esta tierra —dijo entonces el aristócrata Papa Pacelli—, por legítimo que se le suponga, debe ceder ante este fundamental que es el bien de toda la colectividad». Un precursor del socialismo de muchos cristianos actuales.

El segundo famoso discurso de este Papa fue el que dirigió a la Pontificia Academia de Ciencia, formada por los principales científicos del mundo entero, lo mismo creyentes que no creyentes. A propósito de la moderna Física se adelantaba el Papa a sugerir la posibilidad de revisar los conceptos tradicionales de causalidad, sustancia, tiempo y espacio, y proponía que la nueva mentalidad creada por el saber científico moderno fuese valiente para aplicar estos hallazgos culturales al problema de Dios y a los nuevos caminos que a él podían conducirnos.

La tercera fase positiva de Pío XII fueron sus discursos sobre el papel de los seglares en el mundo y en la Iglesia. A los católicos españoles que asistieron al II Congreso Mundial de Apostolado Seglar —tan acostumbrados a un papismo alimbarado y tan sumisos al dominio del clero— les chocó profundamente que, en su discurso inaugural, les recordase que todo seglar debe defender con coraje, en todos los campos, su legítima dignidad y su

LAS MEMORIAS DE TISSERANT

LAS MEMORIAS DE TISSERANT

libertad. Todo ello produjo en vida de Pío XII una aureola semi-mítica, que nada más morir se desvaneció para ser sustituida por una visión mucho más realista y ambigua, como la que se desprende del libro «Pío XII ante la Historia».

El Cardenal Tisserant era un francés que supo aliar un carácter de acero con una habilidad propia de la «finesse d'esprit» francesa. Pudo escalar los más altos puestos vaticanos sin hacerse un esclavo servil de los administrativos romanos del Vaticano. Antes de ser nombrado Papa Juan XXIII, era Decano del Colegio de Cardenales, y tenía la influencia decisiva en muchos dicasterios de la Curia romana, gobernando incluso con su poder la mitad oriental de la Iglesia católica, por ser prefecto durante muchos años de la Congregación Oriental.

Cuando fue nombrado Papa, con el nombre de Juan XXIII, el Cardenal Roncalli, pasó un incidente con el que quedó retratado el carácter del Cardenal francés en algo que le valió el comienzo declinante en su carrera. Como Decano del Colegio Cardenalicio tenía que guardar los sellos que impedían la entrada de cualquier persona de la Curia al re-

cinto donde estaban encerrados los Cardenales de la Iglesia para nombrar nuevo Papa. El famoso Monseñor Tardini (el compañero de Montini y brazo derecho con él de Pío XII) quiso entrar —no siendo Cardenal— una vez nombrado Juan XXIII Papa, violando así el cierre del recinto, cuando este nuevo Papa había decidido permanecer con sus Cardenales un día más encerrado con ellos y sin que entrase nadie. Al verle pasar a Tardini, el Cardenal Tisserant, con su imponente gesto, le acusó de haber incurrido en excomunión; pero a la mañana siguiente, el nuevo Papa, enterado del incidente, con gesto socarrón de astuto campesino, dijo en alta voz que levantaba el castigo eclesiástico en que podían haber incurrido los monseñores romanos que entraron precipitadamente a felicitarle por su nuevo nombramiento de dirigente máximo de la Iglesia. Desde entonces, la estrella de Tisserant comenzó a decaer, aunque siempre le valió la fuerza que le daba la exhaustiva información que fue recogiendo en sus prolongados años de Curia, conociendo todos los más recónditos secretos de la vida de la Iglesia durante Pío XI, Pío XII, Juan XXIII y luego Pablo VI.

Todo el mundo espera con gran inquietud la publicación de sus Memorias completas, o al menos en sus partes fundamentales, porque nadie ha podido desmentir que sean verdaderas.

Las Memorias, cautamente guardadas en Suiza por Monseñor Roche, han descubierto la sospecha que tenía el Cardenal Tisserant de un posible envenenamiento de Pío XI, que le pudo causar la muerte. El asunto es confuso y probablemente imposible de demostrar. Pero parece que él tenía la obsesión de que, en alguna manera, su muerte había podido ser acelerada por el médico Vaticano, Petacci —el padre de la amante de Mussolini—. Ahora los hijos del dictador italiano parece que quieren reclamar judicialmente contra esta afirmación, a pesar de que más que afirmación en las Memorias parece ser una sospecha.

La revista oficiosa del Vaticano, dirigida por los jesuitas italianos, «La Civiltà Cattolica», se ha apresurado a desmentir con indignación estas revelaciones que se contendrían en las Memorias del Cardenal Tisserant. Pero se limita esta revista a hacer una serie de razonamientos probables que no pueden llevar nunca a la certeza. Quizá el documento más importante que tenemos es la biografía de Pío XI, escrita por el Cardenal Confalonieri, que fue secretario particular de Pío XI, y que nada dice de esta espectacular muerte sospechada por Tisserant.

La razón alegada para este espectacular acontecimiento, sospechado por el Cardenal francés, sería la condenación del fascismo que tenía «in mente» Pío XI al parecer. Cosa nada extraña, puesto que este Papa había repetidas veces condenado públicamente al fascismo en términos claros y tajantes.

En 1931 Pío XI publicó un documento condenatorio del fascismo, titulado «Non Abbiamo Bisogno», y en él se quejaba de la actuación fascista contra los universitarios de Acción Católica, diciendo: «Cuántas brutalidades y violencia, que llegaron hasta los golpes y la sangre; cuántas irreverencias de prensa, de palabra y de hecho, contra las cosas y contra las personas, incluso la Nuestra, han precedido, acompañado y seguido la ejecución de la inopinada medida de Policía». Medida que fue la disolución de estos organismos de la Acción Católica Italiana.

Aludía el Papa claramente a la denuncia fascista de la ingratitud, por parte del Clero italiano, a las ventajas que había dado el régimen de Mussolini a la religión católica en el país. El mensaje fascista «denuncia —dice el Papa— la negra ingratitud de los sacerdotes que hostilizan el partido, el cual ha sido, según se dice, en toda Italia, la garantía de la libertad religio-

sa». Y, recordaba el documento fascista, contra la Acción Católica y el Clero, que en años anteriores los obispos y los sacerdotes habían manifestado frecuentemente un vivo y sincero reconocimiento al régimen de Mussolini, cosa propia de este «toma y daca» que tanto gusta a los regímenes de derechas. Pero Pío XI arremetía contra todo esto diciendo que se trataba de «un régimen sobre la base de una ideología que explícitamente se resuelve en una verdadera adoración pagana del Estado, en abierta contradicción tanto con los derechos naturales de la familia, como con los derechos sobrenaturales de la Iglesia». Y se lamentaba de que a pesar de la ayuda externa que el fascismo había dado al Clero, era lamentable el resultado de «cuánto se ha destruido en punto a verdadera religiosidad y educación cristiana y cívica», en el país por causa de esta nuestra complacencia y privilegio.

Y terminaba diciendo que «el porvenir próximo inspira las más graves preocupaciones». No hacía falta esperar a ninguna noticia sensacionalista sobre la muerte de Pío XI, para saber que el Papa Ratti se opuso a toda dictadura, incluida la de su propio país, cosa que Pío XII no imitó con tanta claridad.

Monseñor Roche, después de desmentir que él fuera el autor directo del libro «Pío XII ante la Historia», acaba de decir públicamente algo que revela la verdad sustancial de las Memorias y comentarios del Cardenal Tisserant, salvo los matices espectaculares en los que más se ha fijado la prensa, y que no son los más importantes. «La redacción de este libro es, en cuanto a la forma y el fondo, debida al escritor Philippe Saint-Germain; pero sería manifiestamente contrario a la verdad dejar correr la idea de que Monseñor Roche reprobaba el espíritu de una obra histórica como ésta, a la cual ha colaborado suministrando una documentación esencial, y facilitando a su colaborador y amigo la información necesaria para la publicación de estos documentos». Sin duda, en la nueva edición del libro dice Monseñor Roche que «aportará las precisiones, correcciones y nuevos documentos que figurarán en esta nueva edición».

Pese a quien pese, la sustancia de estas Memorias son un documento de gran valor, aunque su primera redacción en el libro de Saint-Germain requiere una matización para no dar lugar a afirmaciones tajantes que sólo fueron sospechas en la mente del Cardenal, como es el caso de la muerte de Pío XI. Pero todo ello no invalida lo más importante, el resto de la documentación de primera mano aportada por este Cardenal en sus largos años de vida romana. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

Pío XI.

